

- CAP. XIV. *Del apetito de la conservacion del propio individuo, y de la propia especie.* 218.
- CAP. XV. *Del apetito de la libertad dividido en dos, esto es, en deseo de independencia, y deseo de superioridad.* 227.
- CAP. XVI. ... *Del apetito del placer, de lo verdadero, y de lo hermoso.* 238.
- CAP. XVII. ... *Del apetito de la propia estimacion, y alabanza.* 247.
- CAP. XVIII. *Del apetito de la hacienda.* 256.
- CAP. XIX. *De la batalla, y de los efectos de los apetitos humanos.* 261.
- CAP. XX. ... *De las pasiones del hombre.* 268.
- CAP. XXI. ... *Quál sea la felicidad que puede esperar el hombre en este mundo, y que esta propiamente debe colocarse en la tranquilidad del ánimo.* 285.
- CAP. XXII. ... *De los medios con que puede conseguirse la felicidad de que es capaz el hombre sobre la tierra, esto es, de la virtud.* 300.
- CAP. XXIII. *De lo honesto, de lo justo, y de la virtud, si por su naturaleza, ó esencialmente sean cosas buenas, y del orden que quiere Dios en el hombre.* 315.
- CAP. XXIV. *Del orden que el hombre debe tener para con Dios, ó de la Religion.* 340.
- CAP. XXV. ... *Del orden que debemos tener, y conservar con los otros hombres, y primeramente de la Justicia.* 355.

DE



DE LA FILOSOFIA MORAL.

CAPITULO PRIMERO.

De la utilidad, y necesidad que tiene el hombre de estudiarse á sí mismo.

§. I.



Bunda de libros el mundo, y en verdad abunda demasiado; pero el mas vario, el mas grande, y el mas admirable de todos ellos, es el mismo mundo, aun hablando solamente de la tierra, que es la que cupo en suerte á los hijos de Adan. Este es libro que tenemos todos á la vista, y de él somos todos alguna parte durante el tiempo de nuestra vida. Tiene en algunas partes este libro unas cifras obscurísimas, y muy imperceptibles por nuestros ojos: otras que aunque por su naturaleza se manifiestan á todos, y á cada uno; mas por la distancia de lugar, ó tiempo solo pueden saberse por noticia, ó relacion de otros, que muchas veces está sujeta á engaños, y errores: otras partes en fin tiene, que, ó por descuido, ó por ignorancia nuestra dexamos de conocerlas.

Reparad en los muchachos, rústicos, y otras muchas gentes, metidos en el rincon de un País pequeño, en el
Tom. I. A que

que todos tienen solamente un oficio: ¿que saben estos de mundo? Solamente lo que ven, y oyen, y de esto únicamente la superficie, semejantes á los que se hallan envueltos en una espesa niebla, que solo distinguen los objetos á una corta distancia. Con todo hay muchísimos que se empeñan eficazmente en conocer este gran teatro; y estos son aquellos que se aplican al estudio de varias artes, y nobles ciencias, cada una de las quales puede facilitarlos el conocimiento de alguna de las partes de este todo. La Geografía, por exemplo, nos hace ver toda la superficie de la tierra descubierta, sin movernos de un sitio, ni dar un paso: la Astronomía los cuerpos celestes: la Física, la Metálica, la Medicina, la Química, y Botánica con otras semejantes facultades, los cuerpos terrestres, y acuáticos, su naturaleza, y propiedades; y la Historia, la Cronología, y la Erudición el Mundo pasado.

No hablo de otras artes, y ciencias menores; pues aunque estas puedan enriquecernos de ideas, de conocimientos, y sentencias; pero ninguna de ellas puede ayudarnos mucho para el conocimiento del Mundo. Un buen Lógico, Metafisico, y aun un buen Legista, lleno de Digestos, de párrafos, de conclusiones, y excepciones, quando no ha estudiado otra cosa, se reputará fácilmente por un forastero del Mundo en muchas ocasiones. Otros por el contrario, sin haberse fatigado tanto la cabeza sobre los libros, llegarán á tener mayor conocimiento del Mundo, y podrian ser Maestros de otros, por haber viajado, y hecho, qual otro Ulises, diligentes observaciones en diversos paises, y sobre las diversas costumbres de sus habitantes, ó por haber manejado negocios importantes, y haber tenido altos empleos en las grandes Cortes: pero sobre todos el Filósofo es el que se dedica á esta profesion. En el teatro del Mundo cada uno hace de comediante; y solo el Filósofo hace propiamente de miron, pues mucho mejor que los demas sabe observar,

var, y juzgar quien representa bien, ó mal su papel. No hay duda que quanto mayor sea el conocimiento que se tenga de este grande emporio, que se llama mundo, tanto será mas apreciable el provecho, ó á lo menos el deleyte que de esto recibirá el hombre sabio. *Digo del sabio*, y hablo de aquel que tiene la razon vigorosa, y activa, el entendimiento claro, amante de la verdad, y de lo bueno, y un corazon inclinado al bien; pues para rudos, y bastos entendimientos lo mismo es enviarlos á pasear el mundo, que hacerlos caminar por la posta metidos en una balija. Los malos, pues, quanto mas estudian, y aprenden, tanto son mas perversos, y dañosos á otros, y á sí propios.

Mas si yo pregunto qual de las criaturas, que se ven sobre la tierra, es la mas noble, la mas admirable, y estimable, no mereceria ser llamado hombre el que no respondiese al punto, que es el hombre mismo: con que es muy puesto en razon, que la aplicacion, y estudio de los mortales, ántes que á las demas criaturas, se dirija, y emplee en conocer al hombre; y tanto mas debe esto practicarse, porque siendo todos los hombres de una especie, quando nos empleamos en conocer á otros, debemos conocernos á nosotros mismos, que es un conocimiento de suma importancia; y no solamente útil, pero aun tambien necesario para regular bien la vida presente, y esperar un feliz suceso para la futura.

Aquel *nosce te ipsum*, esto es, estudia, y aprende bien á conocerte á tí mismo, fué una de las mas celebradas sentencias de los sabios antiguos, muy verdadera en todos los tiempos, y digna de que se escriba en las fachadas de todas las casas, para tenerla siempre en la memoria. Pero la dificultad está en entender bien esta sentencia; porque no solamente los hombres barbados, sino que tambien los niños, sin fatiga, ni estudio distinguen un hombre de un caballo: hablarán de su figura, de su color, de su language, y acaso sa-

brán informarnos si es bueno, ó malo, si su temperamento es fogoso, ó pacífico, si es de entendimiento mediano, ó sublime, si es plebeyo, ó noble. Además de esto un Anatómico sabrá enseñarnos difusamente la maravillosa estructura interior del hombre: todos los líquidos, los humores, vasos, y otras partes que le componen en quanto animal, y material. Otras lecciones nos dará la Mecánica en orden á sus movimientos: otras la Medicina por lo que mira á sus enfermedades; pero no por esto habremos llegado ni aun á la antesala del *nosce te ipsum*: aun se nos quedará oculta la parte mas importante, y preciosa de esta obra admirable, que formaron las manos del mismo Dios.

El conocer, pues, al hombre, y de consiguiente el conocerse el hombre á sí mismo, consiste en descubrir los diferentes, y secretos muelles, y ruedas, que como criatura racional le mueven á tantas, y tan diversas acciones morales, ya buenas, ya malas, ya indiferentes, y la raiz, y principio de los vicios, y virtudes, costumbres, y pasiones, y las reglas que deben observarse para gobernarse á sí propio prudentemente, para comunicar loablemente con otros, y para desempeñar las obligaciones contraídas con Dios, como supremo Señor del Universo, consigo mismo, y con los superiores, inferiores, é iguales. Esto se llama verdaderamente estudiar al hombre, y entrarse en su íntimo gabinete. Pero lo que mas importa, y lo que con mas especialidad debemos considerar es, que comparando este estudio con todos los otros, exceptuando el que se termina á Dios, con el fin principal de servirle, y amarle (el qual si bien se reflexiona entra tambien en el conocimiento, y estudio de nosotros mismos, por ser el Omnipotente Dios nuestro primer principio, y deber ser nuestro último fin): este estudio, decia, nos es de suma importancia, y mas necesario que los otros, ya que de Dios hemos recibido tantos privilegios, y beneficios.

§. II.

DEbemos confesar, que así el *ser*, como el *vivir* son los grandes bienes que debemos á la naturaleza; pero aun mayor que estos es el estar dotados de razon; y además de esto el buen uso de ella, y saber vivir honestamente ocupan un grado superior, ó por mejor decir, es incomparablemente el mayor de estos bienes; porque á la verdad, ¿de que sirve la razon en un hombre, que no sabe obrar de otro modo que una bestia? ¿Y de que la vida á una persona, quando por no vivir bien se hace á sí un notable daño, lo hace no menor á los otros, y atrae hácia sí la tremenda indignacion de Dios? Oímos muchas veces nombrar la *sabiduría*: ¿y que cosa es esta sino el deseo de agradar á Dios, y quando se pueda agradar tambien á los otros hombres, y procurarse á sí propio en quanto sea posible la tranquilidad de cuerpo y alma por medio de operaciones honestas, justas, y convenientes á una criatura tan noble, y tan superior á los brutos?

No debe dudarse que todas las ciencias, y facultades honestas, que se estiman, y aprecian en el mundo, llevan consigo mismas el carácter de la hermosura, y belleza, y qual mas, qual ménos, pueden causar utilidad, y deleyte al cuerpo, y al ánimo de los mortales, y pueden servir tambien de adorno, y alivio á la sociedad humana; pero separemos este gran capital, que incluyen en sí las diversas ciencias de aquella verdadera sabiduría, que consiste en conocer el hombre á Dios, y á sí propio, y en la práctica de las virtudes, y hallaremos unos árboles cubiertos de un hermoso follage, pero desproveidos de fruto, si acaso por desgracia no producen alguno mortalmente venenoso; porque la verdadera ciencia de las ciencias consiste en el conocimiento de Dios, y de sí mismo, para amar sobre todas las cosas aquel Monarca supremo, que nos crió, y mantiene sobre la tierra, y puede, y desea darnos á su tiem-

po la mas perfecta, y eterna felicidad; y juntamente para que segun la razon, y á tenor de las leyes que para nuestro bien nos ha dado el mismo Dios, pásemos los pocos dias que nos hemos de detener en la terrenal peregrinacion.

Serán laudables, serán deliciosos, y útiles los otros estudios; pero este es necesario. Ciertamente que quando se reflexione que el hombre es impelido de una fuerza secreta, que por la misma naturaleza le conduce á desear su propia felicidad (como de hecho cada uno la desea, y no puede ménos de desearla), y no conociéndose otro camino mas seguro para lograr algun grado de felicidad en esta vida, y todo el lleno de ella en la otra, que la posesion, y la práctica de la sabiduría, y la virtud: al punto se dexa entender de quanta importancia es al hombre el estudio de sí mismo, y el aprender lo que conduce á la verdadera sabiduría, y virtud, y lo que puede alejarle de esto, para saber ser bueno, vivir como sabio, pasar con tranquilidad los dias de su vida, y en buena armonía con Dios, consigo mismo, y con los demas hombres.

Dos, pues, son los socorros, y luces que Dios ha dado á la humana naturaleza para que pueda llegar á la posesion, y goce de la sabiduría: estos son la *Religion*, y la *Filosofía Moral*. Quanto á la primera, que es mucho mas importante que la otra, pluguiese al Señor, que así como todos por su gran misericordia la profesamos, creyendo, y siguiendo las banderas de su bendito Hijo Jesu-Christo, nuestro Señor, y Legislador, siendo ya por esta creencia miembros de su Iglesia Santa; del mismo modo pusiésemos toda nuestra aplicacion, y estudio en aprender sus máximas, y santos documentos para practicarlos con fidelidad, y cuidado, pues de este modo no necesitaba mas cada uno de nosotros para llegar á ser buen Filósofo, y constantemente bueno, y aun santo. Verdaderamente que si cada uno de los hombres ajustase su vida con la Ley

santa de Jesu-Christo, el mundo, que en sí es tan horrible, y feo, mudaria de rostro, y se dexaria ver hermoso, y bello, por el buen orden de amor, y caridad que reynaria entónces entre los sequaces de la divina Ley.

Ni con el nombre de *Religion* quiero que se entienda precisamente el estudio de la Teología Dogmática, Escolástica, ó Moral, en que no pocos emplean útilmente el capital de muchos años, y muchas fatigas. Por *Religion* entiendo al presente el creer, adorar, amar, y obedecer á Dios del modo que nos enseñó Christo Salvador nuestro, que se empleó todo en reconciliarnos, y hacernos amados de su Eterno Padre, y coherederos de su gloria despues de esta vida. A excepcion, pues, de algunas verdades, que claramente nos ha manifestado, y propuesto el mismo Dios, y que solamente piden de nuestra parte la fé, y que todo fiel Christiano debe saber, y creer, las demas (generalmente hablando) no hay obligacion á estudiarlas; y pueden los de la plebe dexar este cuidado á los Teólogos, y Maestros de la Ley. Despues de estas pocas verdades contemplativas, que iluminados con la luz de la fé sobrenatural debemos creer, el cuidado, y objeto principal del Hijo de Dios ha sido el instruirnos, y enseñarnos aquellas verdades á que deben dirigirse nuestras acciones para agradar, y no disgustar con ellas á Dios, para dar á Su Magestad un digno culto, y honor, y para llenar todas las obligaciones del amor, que sobre todas las cosas debemos al mismo Señor, y por su respeto á los demas hombres nuestros hermanos. Para esto sí que nos quiere Dios, y llama á todos, tanto idiotas, como doctos.

En este estudio es necesario que se empleen todos. Pueden ciertamente ser útiles, y honestas (ademas de las verdades ya insinuadas) otras muchas especulaciones de todo aquello que está sobre nosotros (oxalá quiera Dios no sean demasiado atrevidas, vanas, y superfluas):

fluas): porque al fin, no queriendo el Señor dar fomento á la humana curiosidad, deberá contenerse en sus límites el ingenio humano, sin adelantarse á querer saber mas de lo que puede, lisonjeándose á las veces de poder, á fuerza de discursos alambicados, penetrar, y descubrir lo que Dios tiene reservado, y escondido en sus tesoros. Pero nos hemos de persuadir en que dichos conocimientos especulativos no son, ni pueden llamarse fundamento, fin, ni objeto de la santa Religion de Jesu-Christo. El amor de Dios, y del próximo, la reforma, y enmienda de nosotros mismos, el ejercicio de las santas virtudes, en una palabra, obras, y mas obras nos pide nuestro Maestro Divino; y estas las pide solamente en recompensa de su amor, de los beneficios que nos ha hecho, y para gloria de su Eterno Padre, á quien solamente agradan estas obras, y no las viciosas, y desordenadas. Tambien las pide para beneficio nuestro, para que nos hallemos bien sobre la tierra, é incomparablemente mejor en el Cielo.

De este Cielo mismo descendió el Hijo de Dios para mostrarnos el camino de la vida activa, y de la virtud verdadera. Vienen aquí muy á propósito aquellas admirables palabras de su Santo Apóstol, que escribe á Tito (*Tito 2. cap. 2.*) de este modo: "Se ha dexado ver á todos los hombres (dice el Apóstol) la gracia de Dios Salvador nuestro, enseñando á todos, que renunciando, y abjurando la impiedad, y deseos del siglo, vivamos en él sobria, justa, y piadosamente, esperando la esperanza eterna, y la venida de la gloria de nuestro gran Dios, y Salvador Jesu-Christo, que ha dado su vida por nosotros, á fin de libertarnos del cautiverio de la culpa, y de formar, y establecer para sí propio un Pueblo agradable, y limpio, que se emplee en buenas obras." Veis aquí, no ya el único, pero sí el principal objeto que se propuso el Hijo de Dios quando se dignó de venir á habitar entre nosotros. No fué, no, ciertamente el de manifes-

tar-

tarnos todos los arcanos del Cielo: no el hacernos á todos Maestros, y Doctores de Teología, sino el de elevar nuestras almas, y enderezar nuestros corazones á Dios, y hacernos obrar como personas racionales, y sabias. Sus lecciones son claras, y no muchas en el número; pero son muy eficaces substancialmente, y tan fáciles de aprender, que aun la gente mas ignorante del Pueblo las puede estudiar.

Basta leer, ó por lo menos saber lo que contiene su Evangelio admirable, y las preciosas Epístolas que nos dexaron sus Santos Apóstoles para que observemos una prudente conducta en toda nuestra vida, sirviendo en ella á Dios en justicia, y santidad, procurando al mismo tiempo lograr sus bendiciones santas, y aquel dichosísimo Reyno con que nos convida á todos. El que atentamente, y con rectitud de corazón estudiase estas divinas lecciones, y las pusiese por obra, no necesita otros estudios; y sin aplicarse á otra Filosofía Moral, llegará á ser un excelente Filósofo.

No obstante esta grande luz, y auxilios del Cielo, ¿de donde proviene que aun entre los Christianos sea tan copiosa la multitud de los malos, tan dilatado el Reyno de los vicios, y tan estrecho el de las virtudes? Vemos, pues, esta misma infalible Religion, que tantos profesan, desacreditada con las perversas costumbres de muchos, despedazada en algunos Países con varios cismas, supersticiones, y oposicion de doctrinas, y en otros la hacen servir á sus propios intereses, y ambicion.

§. III.

NO es este lugar propio de inquirir, y explicar las originales causas de tantos desconciertos, abusos, é injurias que se hacen á este amable don del Cielo: mi argumento pide que yo hable, y trate del otro auxilio secundario con que al hombre puede facilitarse el camino de la sabiduría; esto es, del método con que

sa-

sabia, y rectamente pueda regular sus acciones morales, quiero decir de la Filosofía de las costumbres. No trae su origen del Cielo esta ciencia, porque viene de las observaciones, y reflexiones que han hecho los sabios, y antiguos Filósofos; con todo eso puede, y suele servir de grande utilidad á la Religion, y á la misma Teología. Ni se le puede negar la preeminencia entre las otras Ciencias, y Artes que han cultivado los hombres, exceptuando la misma Teología.

Ya se ha dicho el grande interes que tiene el hombre en conocerse á sí mismo; pues ved aquí una maestra, que como por la mano nos lleva á este utilísimo conocimiento: ved aquí otra antorcha que nos sirve como de escolta en el insigne estudio del hombre, y de la sabiduría, descubriéndonos las raices, y principios de las virtudes, y vicios, los apetitos, las pasiones, y otras causas, que influyen en las costumbres de los mortales; y por las que son dignas de alabanza por virtuosas, ó de vituperio por viciosas. Ciertamente no habrá jóven alguno (con estos hablo yo principalmente), el qual preguntado si desea ser sabio, y vivir segun las reglas de la prudencia, absteniéndose de aquellas acciones, que con daño, y vergüenza suya lo desacrediten, no responda al punto que lo desea. Este es ciertamente el oficio de la Filosofía Moral, el enseñar á ser sabio: á esta ciencia mas que á otra alguna se dedicaron los antiguos Filósofos, y en su estudio encanecian: y no se llamaron Filósofos precisamente porque estudiaron la Lógica, Física, y Metafísica, ni porque se aplicaron al estudio de la Astronomía, Matemática, ni Eloqüencia, ni por el de otras Ciencias, sino por el de esta Filosofía, no significando otra cosa el nombre de Filósofo, que el de amante, ó deseoso de la sabiduría.

Por tanto siempre me ha causado maravilla el ver como en las Escuelas, y aun hasta en algunas célebres Universidades de nuestros tiempos, se tiene tan poco cuidado de esta, que sin duda es el nervio principal de

lo que se llama *Filosofía*. Llámense enhorabuena con este nombre la Lógica, la Metafísica, y la Física, á lo que no me opongo: pero no podrá negarme el justo apreciador de las cosas, que lo mejor, y lo mas importante de la Filosofía no consiste en la ciencia de las costumbres, y en el estudio de las acciones morales del hombre. Bueno es el aprender á pensar bien, y á librarse en las conversaciones de las falacias propias, y ajenas; siendo esto muy necesario para adelantar, y aprovechar en otras ciencias, y aun para el trato comun de la vida humana. Bueno es tambien el conocer por medio de la Física las obras maravillosas de Dios, aunque para muchos, que nada piensan de esto, ni buscan á Dios en sus observaciones físicas, solo suele servir esta ciencia de llenarles su entendimiento de curiosidades vanas. Bella cosa es asimismo el elevarse sobre todo lo que es material, adquiriendo, y variando las ideas intelectuales, porque todo esto puede servir como de escala para llegar al conocimiento del mismo Dios; pero despues de estos estudios, que pueden ser útiles, debemos confesar que la mas importante utilidad resulta del bien obrar, y esta es la ciencia que debemos aprender, el obrar como criaturas racionales; porque á la verdad ¿que aprovecha el pulir, y perfeccionar nuestro entendimiento, enriqueciéndolo de noticias, si todo esto no se emplea despues en dirigir nuestra voluntad á la eleccion del bien, y fuga del mal? De esto depende la felicidad, ó la desgracia, la gloria, ó la infamia de los hombres, y juntamente el estado bueno, ó malo de la república: ¿cómo se atribuirá un hombre el título de *Filósofo*, ó *Aman- te de la Sabiduría*, quando no hace caso de lo que verdaderamente hace al hombre sabio? Es preciso no confundir la ciencia con la sabiduría: la primera se halla en los doctos: la segunda se encuentra solamente en aquellos que saben vivir con Dios, y para Dios, con los otros hombres, y consigo mismos. El ser docto, ó Doctor pertenece á pocos: el vivir sabiamente, ó el vi-
vir

vir bien es, y debe ser el empleo, y oficio de cada uno.

Ni yo pretendo persuadir que lo mismo es darse al estudio de la Filosofía Moral, que al instante ser sabio, y arreglado en la vida civil: es demasiada la flaqueza de la naturaleza humana: son muchas nuestras enfermedades, y vicios, y muy grande nuestra desidia. Entre tantos como profesan nuestra Religión, no vemos los afortunados progresos correspondientes á sus sólidos, y fuertes principios, aunque superiores á los de toda humana Filosofía, ni que produzcan tan nobles efectos. Basta dar una ojeada á la numerosa chusma de malvivientes, que inundan, é inficionan el mundo Christiano. Con todo, si los Maestros de otras ciencias suelen alegrarse, y dar por bien empleado su trabajo, quando de cien discípulos los diez (y á veces solos cinco) salen aprovechados, deberíamos prometernos iguales ventajas de la escuela, y enseñanza de la Filosofía Moral; y mas considerando que los progresos en otras ciencias dependen por lo comun de la capacidad, y buen entendimiento de los discípulos, en que no tiene parte, ni puede dársela el Maestro; pero en el estudio de la Filosofía Moral basta un mediano ingenio para comprehender sus principios, y preceptos, corriendo despues el mayor aprovechamiento por cuenta de la voluntad, de que ninguno carece.

Y ademas de esto siempre será muy conveniente que no se despida la juventud de las Escuelas, sin que primero haya aprendido de algun modo lo que es el conocerse á sí propio, y sepa lo que son las pasiones, y apetitos, quales sus baterías secretas, y quales los diversos efectos que causan, y al mismo tiempo lo que es virtud, y lo que es vicio. Con mejor efecto que no otros estudios, será bien empleado el tiempo en esta para aprender lo que puede contribuir no poco á librarnos, y sanar de nuestras voluntarias locuras, y á formar un hombre sabio, y prudente, librándonos de muchos engaños,

ños, incomodidades, y deshonras, haciéndonos felices con utilidad ventajosa, así para nosotros, como para el público.

Si acaso estas máximas no produxesen tan bellos frutos en el corazon de los jóvenes por decontado, veremos que acaso los producen en otro tiempo. Puede ser que la nave no llegue al deseado puerto; pero entretanto pide la prudencia que no se exponga al mar, sin estar bien guarnecida, y sin un diestro Piloto, que esté bien informado del viage, y rumbo que debe tomar, y tenga conocimiento de las tempestades que pueden sobrevenir. Es cierto que nuestra vida aun mucho mas que el mismo mar se halla cercada, y agitada de furiosos vientos, recias mareas, peligrosos escollos, ocultos, y traidores bancos, y otros muchos enemigos. ¿Como, pues, se atreven muchos á entrar en este borrascoso mar del mundo, con tanta ansia, con tanto gozo, y tanta alegría, quando quitado aquel superintendente exterior, que velaba en su guardia, no substituyen otro ayo interior, que como á gente poco experimentada los manifieste tantos, y tan graves peligros, los aparte del mal, y los estimule al bien? Añádase á todo esto, que la Filosofía Moral puede, y suele servir de un poderoso refuerzo á la misma Religión, ó bien sea para enseñar á otros sus grandes máximas, ó bien para practicarlas el mismo que las enseña. Expone, y hace ver la sagrada eloqüencia, los preceptos del Altísimo con manifestarnos, ya los premios, ya los castigos que tiene preparados el justo Juez de todos: anima, y esfuerza á los buenos: atemoriza, y pone miedo á los malos: declama con fuerte grito unas veces contra un vicio, y pecado, otras contra varios, y otras con todos, y con todo abundan los vicios, y pecados.

No pueden explicarse fácilmente quanto mas fructuosas son las fatigas de los Sagrados Oradores, quando bien instruidos en lo que es el corazon humano, saben unir á la palabra de Dios los documentos de la Filosofía

filosofía Moral, manifestando el origen de los vicios, las astucias de las pasiones, y apetitos, y descubriendo otras causas de nuestros engaños, y locuras. Asimismo luego que el hombre junta con los documentos del santo Evangelio las luces de esta Filosofía, sabe conocer, y discernir mejor aquellos enemigos, que sin haber venido del infierno nacieron con él. Sabe que cosa es aquella concupiscencia de que habla el Apóstol Santiago, y por la que somos incitados, y movidos para obrar lo malo, sirviendo este conocimiento para cautelarnos, y fortificarnos contra sus quotidianos asaltos. Ya que otra cosa no sea, por lo ménos, despues que un jóven ha mamado la leche de la Religión, y tomado buenas lecciones de la Filosofía Moral para saberse gobernar con juicio, y prudencia en la carrera que va á entrar, y será mas inexcusable si no lo hace, y justamente merecerá el título de insensato, y loco; pues así debe llamarse todo aquel que entregándose á los vicios, y despreciando el camino de las virtudes, manifiesta claramente que ni teme á Dios, ni estima á su honor propio, ni se ama, ni estima como debe á sí mismo; y quando juzga que ha descubier- to la senda de la felicidad, no repara que ha tomado el camino que tarde, ó temprano lo lleva al precipicio, y al pais de los vanos, é infructuosos arrepentimientos.

§. IV.

Quando yo escribo esto no es por tener á la vista la fea escena que siempre ha hecho, y al presente hace el mundo en vivir á su modo, y con burlarse de quien ha pensado remediarlo en algo, y ponerlo en buen camino. Platon intentó reformar á este bestion inquieto, injusto, rebelde, y obstinado; pero apenas lo intentó, quando conoció que seria mas fácil hacer blanca la piel de un negro, que el reformar el mundo. Mas diré sobre esto: el mismo mundo alguna vez se ha puesto á tiro, y en disposicion de procurar remedio á sus males, y desórdenes; pero la grave, y pestífera enferme-

medad que padece inutiliza, y se burla de qualquiera medicina que se le aplique. Dése una breve ojeada á la diversidad de gobiernos establecidos en los pueblos, que son el remedio que han inventado los sabios políticos, y con que creyeron haber hallado el antídoto, y medicina preservativa para las enfermedades que los grandes estados padecen, y al fin se hallará que el mundo es un enfermo, que aunque mude de postura, volviéndose de un lado al otro, siempre se encuentra en tan mala disposicion como al principio. Todo esto lo veo yo, y veo tambien que no por esto deben despreciarse los Médicos, que por su parte hacen quanto pueden para restituir la salud á los enfermos, y precaver á los sanos, aun quando á su buena intencion no correspondan los efectos, ántes bien debe el público apreciar, y alabar su trabajo, y cuidado.

¡O y quanto mas importa la salud espiritual del ánimo que la del cuerpo! y por tanto interesa mucho el público en que estas las apliquen muchos, y de diversos modos, y con distintos métodos, y que continuamente se predique sobre este asunto, como se suele hacer en las Ciudades christianas por los Oradores Sagrados. Algun fruto se coge por lo comun; y si muchas veces no se logra la conversion de los malos, se consigue á lo menos que los buenos no degeneren, y sean malos. Fuera de que no debemos desesperar de la enmienda de estos, ni juzgar que siempre, y por siempre permanezcan en sus malas inclinaciones; ántes bien los exemplos de tantos, que desde el batallon de los vicios pasaron á las banderas de las virtudes, nos hacen ver claramente quan útiles, y necesarios son estos Médicos de las almas, esto es, los Zeladores, y sabios Ministros de la Santa Religión, y los doctos Maestros de la Filosofía Moral.

Mas habiendo hablado ya un poco contra el mundo, y habiendo de hablar acaso en adelante mas por extenso, deseo por lo mismo manifestar desde ahora mi sentimien-